## Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

| | | | | B | R |
|---|---|---|---|---|---|
| 1 | 4 | 6 | 9 | 4 | 0 |
| 7 | 0 | 6 | 8 | 1 | 0 |
| 2 | 4 | 6 | 5 | 1 | 0 |
| 3 | 0 | 9 | 6 | 0 | 2 |
| 5 | 9 | 2 | 7 | 0 | 1 |

SOLUCION / Pág. 4




Página/2/3

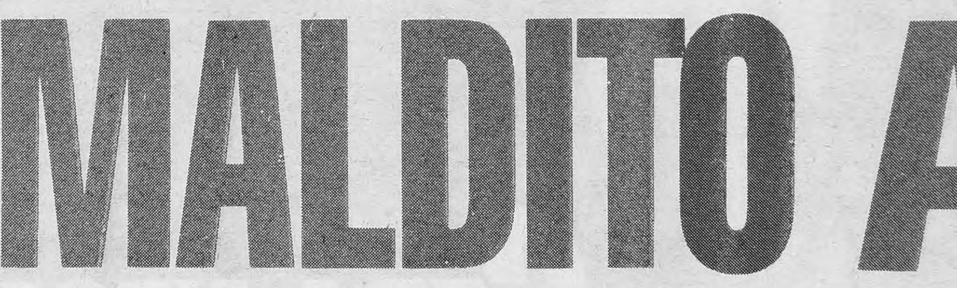
# Verano/12

# CERA NEGRA

(Por Adriana Schettini) Hay mujeres que luchan un día y están buenas. Hay otras que luchan un año y están mejores. Pero están las que luchan toda la vida. Esas son las piel de durazno. Las que saben que la guerra está definitivamente perdida. Que el enemigo volverá a la superficie una y otra vez con empecinamiento genético. Que el triunfo aparente no es más que un armisticio de vida corta, porque al cabo de algunas semanas tendrán que volver a presentar batalla. Lo saben. Pero no se rinden. Hacen de su piel un ring y la pelean como si tuvieran alguna chance de ganarla por knock-out.

La lucha tiene acordes de bolero: ''Arráncame los pelos'', le suplican a la depiladora mientras desparraman sus anatomías en la camilla dispuestas a que la cera negra les cueza hasta las entrañas. Estoicas, soportan el tirón que junto con los abominables enemigos pilosos amenaza desprenderles de cuajo hasta los recuerdos de la infancia. Mientras feministas y antifeministas se quedan roncas debatiendo sobre la fuerza de las mujeres, allí están ellas, respirando profundo para aliviar el dolor cuando la mano despiadada arranca el engrudo marrón de sus entrepiernas. Hazaña a la que no se atrevería ni el más duro de los galanes hollywoodenses. La virtud se demuestra padeciendo, y allí están ellas con las cejas embadurnadas y rezando para que a la especialista no le tiemble el pulso y junto con la cera les arranque los ojos con una fiereza que ni el mismo Edipo. El más ardiente de los amantes quedaría paralizado ante el incipiente bigote de su partenaire. Para despertar grandes pasiones no basta con tener boquitas pintadas, sino que hay que tenerlas inmaculadas de vello. Y allí están ellas, paradas frente al espejo del baño, con la cera estacionada sobre el labio superior y a punto de extirpar el mal de raíz.

Las que afrontan el problema con verdadero espíritu militante no distiguen entre invierno y verano. Las grandes causas no cierran por vacaciones. Las tibias desesperan cuando el calendario avisa que es tiempo de pileta y playa. Es entonces cuando las muy improvisadas echan mano de remedios contraindicados: cremas depilatorias y nefastas maquinitas de afeitar. Sólo consiguen que al cabo de unos días sus piernas cobren la textura de un campo sembrado de alambres de púa. Las más concientizadas desmayan ante la sola mención de una gilette. A los tres días de haber cometido semejante sacrilegio tus piernas no tendrán demasiada diferencia con las de Maradona, dicen, claro que junto con los pelos endurecidos no te crecerá la habilidad futbolística y, entonces, todo será pérdida. Ellas prefieren el duro sacrificio de la cera que parece salida del mismísimo infierno y la áspera caricia de la esponja Mortimer o el guante de crin durante la ducha para que los malditos pelos no se encarnen, a la efímera solución de la afeitadora. Sin embargo, puestas a confesar, más de una admite haber sucumbido cuando aquel amante que parecía haber hecho votos de silencio en los últimos dos meses, las llamó un sábado a las siete de la tarde para verla en media hora. Fue entonces que la maquinita salvadora hizo lo suyo. De lo contrario, después del café se habrían visto obligadas al ''preferiría no hacerlo, me duele la cabeza''. Porque si de algo están seguras es de que un par de pelos en el lugar inadecuado son capaces de desconcentrarlas aunque el santo varón que comparte su lecho se empeñe en seguir capítulo a capítulo y frase por frase el último de los manuales de erotismo para tiempos modernos.





*Por Rosario Ferré*

**Rosario Ferré nació en Ponce, Puerto Rico. Se especializó en literatura inglesa y latinoamericana en universidades de Estados Unidos. Ganadora de varios concursos de cuento, fue fundadora y directora de una de las revistas más importantes de su país y de América latina: "Zona de carga y descarga", dedicada a la difusión de la nueva literatura puertorriqueña. A continuación se publica un fragmento de "Maldito amor", una novela que Sudamericana editará este mes. Pensada como una parodia de la novela de la tierra, es también un relato en el que la autora pone en tela de juicio la versión oficial de un Puerto Rico en el que no existían ni el hambre ni la injusticia.**

Si, señor, hace cinco años que el niño Ubaldino nos prometió que nos iba a regalar una casita de tablones y techo de zinc en que hemos vivido siempre, desde que Néstor y yo entramos a trabajar a su servicio, y por eso me he atrevido a venir hoy aquí, don Hermenegildo, a visitarlo en su consultorio de Guamaní. Usted fue siempre muy amigo del niño, y muchas fueron las veces que tuve el gusto de servirle su poco de café recién colao con su carajillo adentro, y fue siempre cortés y muy civil conmigo. Fue Néstor quien vio su nombre en el letrero pintado sobre la puerta del despacho, hace cerca de una semana, cuando tuvo que venir al pueblo a hacer la compra. Debió pasar mil veces a esta misma puerta sin leer lo que decía: Don Hermenegildo Martínez, abogado notario. Pero esta semana vio el segundo letrero: Presidente de la Asociación de Jinetes de Paso Fino, colgado junto al primero sobre la puerta, y esto lo convenció de que en efecto era usted, don Hermenegildo Martínez el de antes, el amigo del niño. Insistió entonces en que viniera a verlo, y yo por fin lo he complacido, porque tengo un recuerdo simpático de su cara siempre sonreída, cuando yo le servía su café, o cuando lo escuchaba hablando con el niño del empadronamiento de las yeguas y de los potros, pero le confieso que venir a verlo, después de todo, no me salió de muy adentro, porque los blancos, por más simpáticos que sean, siempre son blancos, y entre ellos se entienden.

Usted sabe lo generosísimo que era el niño Ubaldino, y no le extrañará que, antes de morir, nos prometiera a mi hermano y a mí la casita de balcones y techo de zinc en la cual hemos vivido al fondo del patio durante más de cuarenta años. La señora Laura, poco después de morir el niño, nos prometió que, al morir ella, nos cumpiría su promesa, que en todo ella respeta la palabra del difunto, y así hemos esperado pacientemente cinco años a que a ella le llegara también el momento de pasar a mejor vida, y ahora no nos vamos a quedar con la carabina de Ambrosio al hombro, no señor, no nos vamos a quedar con la carabina de Ambrosio al hombro así tan fácilmente.

Todavía me parece estarlas viendo cuando salieron por la puerta, las cuatro hermanas con sus maridos en un solo enjambre y Arístides a la zaga, llorando a voz en cuello que no regresarían jamás después de aquella injusticia que les habían hecho mientras bajaban gritando las escaleras, pisoteando con prisa los tallos de las begonias y quebrando de ir a los arbustos de mirto que perfumaban la entrada de la casa montándose en sus limusinas negras y cerrando con furia las puertas de los carros para que la señora pudiera oírlos desde la sala pero ella no podía oírlos, ella no oía nada ya, la pobre, desfallecida de llanto como estaba sobre el brazo de la señora Gloria. Todavía me parece estarlas viendo, sí señor, a las cuatro hermanas y a esa perla de hermano, arrancándose de raíz las greñas por encima del ataúd abierto mientras con las uñas se abrían surcos por las mejillas y por la frente a la par que clamaban justicia, el padre aún de cuerpo presente en la sala mirándolos a todos con esa impasibilidad que nunca tuvo en vida pero que la muerte fue esparciendo poco a poco sobre su cara según se fue adueñando de él. Porque en esta casa nadie se muere de golpe, don Hermenegildo, sino poco a poco; no es sino mucho antes de muerto que la gente se va muriendo.

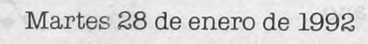
Y díganoslo a nosotros, a Néstor y a mí, que durante cinco años hemos tenido que poner todas las noches el plato del niño Ubaldino a la cabecera de la mesa, tal y como si el difunto fuera a sentarse a comer y a conversar con ellas. Por eso, a la hora de la cena, Néstor y yo tenemos un cuidado infinito al servir la mesa: levantamos las jarras de cristal por encima de los hombros de las señoras, enfundadas de raso negro o violeta, medimos con infinito cuidado la cantidad necesaria de gallina en pepitoria o de langosta engabanada en mayonesa al fondo de las fuentes para que rinda, para que sea suficiente al apetito saludable de tres comensales. Por eso, al pasar junto a la silla tallada con la armadura del caballero medieval en la que el niño se sentó siempre a la hora de la cena, tenemos un cuidado inmenso de no inclinarnos demasiado hacia adelante, porque los cuerpos de los grandes hombres, al igual que los troncos de los árboles, siguen ocupando su espacio aún después de cortados durante muchos años.

Tantos años de servicio, dígame usted, tantos años de estar preocupándonos por la señora Laura, por la única razón de que en su lecho de muerte él nos la había encargado. "Ocúpense de Laurita —nos dijo—, no me la dejen sola cuando yo falte." Y lo que nos ha costado esa promesa, don Hermenegildo, lo que nos ha costado. No se puede usted imaginar la cantidad de señoras sonsacadoras de Guamaní a las que les hemos dicho que no, que aunque nos ofreciesen todo el oro que cagó el moro y toda la plata que cagó la gata jamás dejaríamos sola a doña Laurita, porque a causa de ella hicimos una promesa de muerto y a los muertos no se les traiciona, los pobres, porque se quedan tan indefensos. Y lo que vinimos a contarle no hubiese sucedido de estar ahora vivo el niño Ubaldino, eso se lo aseguramos, porque en el niño sí que se podía confiar, y de vivir él no tendría Titina que estar aquí, hablando con usted en estos momentos. Niño Ubaldino le decíamos porque había mamado leche de negra, sí señor, que el niño creció prendido de la teta de nuestra madre, doña Encarnación Rivera esclava liberta. Si hasta de su plato, de su propia cuchara de plata, me daba a probar el helado de huevo que era su postre preferido, pruebe, Titina, para que vea a lo que sabe la gloria, pruebe un sorbito de cielo batido para que vea por qué la quiero tanto. Por eso nos hemos quedado en la casa, al servicio de la familia durante cuarenta años, recibiendo un sueldo de miseria, aunque, claro, pensando siempre en que algún día se nos cumpliría la promesa, y seríamos dueños, mi hermano Néstor y yo, del techo de esa casa que ahora peligra sobre nuestras cabezas. En realidad, fue al servicio del niño Ubaldino y no de la señora Laura que entramos a trabajar Néstor y yo, aunque estos últimos cinco años es cierto que hemos estado exclusivamente pendientes de la señora Laura, más por serle leales al niño que desde la tumba nos la encomendó; más por hacerle el favor a él, digo, que por hacerle el favor a ella, que bien sabe el señor que la conoce desde hace años que trabajar con la señora Laura no es una bicoca, no señor, no es ningún boccato di cardinale. Ante de llegar nosotros a la casa el niño se estaba volviendo loco porque a causa del mal genio de doña Laura aquí no duraba nadie. El se las pasaba en su Pontiac blanco perla todo el tiempo para arriba y para abajo por los caseríos y los arrabales buscándole cocinera y sirvienta, y ni por ser él, que todo el mundo adoraba, ni por lo mucho que lo querían se venían a trabajar a la casa.

Tanto limpiar durante años habitaciones vacías, tanto sacudir alfombras y tender sábanas limpias en camas en las que nadie iba a dormir, pero por si acaso esta noche viene la Zebedea o la Eulalia, Titina, por si acaso a la Ofelia o a la Margarita se les ocurre pasar por aquí y venir a visitarnos, sabiendo que nadie iba a venir, que nadie iba a presentarse porque desde hace cinco años, desde la muerte del niño Ubaldino, ninguno de ellos ha vuelto a pisar la casa. Llaman por teléfono, eso sí, para ver cómo estás, mamita querida, para saber cómo te sientes. Porque las hijas, desde que murió el padre y supieron que él las había desheredado a todas, y que su madre había estado de acuerdo, en realidad para lo único que llaman es para saber si la vieja todavía no ha tronado, si todavía no ha estirado la pata. Pero de venir a verla, de venir a visitarla, eso ni pensarlo, el diablo les sirva el gusto y con su pan se lo coman, hambreada de cariño como la tienen. Y la peor de todas es Margarita porque ésa, desde que se casó con don Augusto Arzuaga y se fue a vivir a Santa Cruz, ni llama, ni escribe, ni respinga por los centros espiritistas. Porque ella ahora ya no se llama la niña Margarita, sino doña Margarita, y, como es millonaria por derecho propio, se pasa el dinero de los Del la Valle por donde no le da el sol.

Cuando la señora amaneció hoy más mala que de costumbre, don Hermenegildo, Néstor y yo llamamos corriendo al doctor que vino enseguida a verla. Tendimos luego sobre la mesa el mantel de encaje de Venecia, el que sólo se saca en grandes ocasiones, porque estábamos seguros de que hoy todos vendrían, y así mismo fue. Al poco rato sonó el timbre y entraron a la casa todos en fila, para sentarse a la mesa y pedir de inmediato que les sirvieran de beber. Allí los dejamos reunidos, a las cuatro hermanas y al hermano menor, bebiendo café en tazas de Limoges doradas y refrescos en copas de baccarat, y tan embebidos en sus discusiones que ni cuenta se han dado de que no estoy en la casa.

Perdone que le exprese así tan descaradamente mis opiniones, don Hermenegildo, pero como he trabajado tantos años con la familia, me considero parte de ella. No es únicamente por lealtad al niño Ubaldino que he venido hoy aquí, a velar porque se cumplan los deseos de ese muerto grande, sino porque estoy convencida de que los que en justicia deben ser favorecidos en el testamen-



# MALDITO AMOR

*Por Rosario Ferré*

Rosario Ferré nació en Ponce, Puerto Rico. Se especializó en literatura inglesa y latinoamericana en universidades de Estados Unidos. Ganadora de varios concursos de cuento, fue fundadora y directora de una de las revistas más importantes de su país y de América latina: "Zona de carga y descarga", dedicada a la difusión de la nueva literatura puertorriqueña. A continuación se publica un fragmento de "Maldito amor", una novela que Sudamericana editará este mes. Pensada como una parodia de la novela de la tierra, es también un relato en el que la autora pone en tela de juicio la versión oficial de un Puerto Rico en el que no existían ni el hambre ni la injusticia.

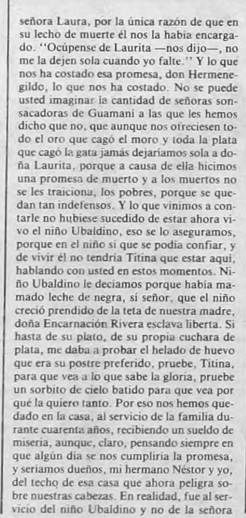
Sí, señor, hace cinco años que el niño Ubaldino nos prometió que nos iba a regalar una casita de tablones y techo de zinc en que hemos vivido siempre, desde que Néstor y yo entramos a trabajar a su servicio, y por eso me he atrevido a venir hoy aquí, don Hermenegildo, a visitarlo en su consultorio de Guamaní. Usted fue siempre muy amigo del niño, y muchas fueron las veces que tuve el gusto de servirle su poco de café recién colao con su carajillo adentro, y fue siempre cortés y muy civil conmigo. Fue Néstor quien vio su nombre en el letrero pintado sobre la puerta del despacho, hace cerca de una semana, cuando tuvo que venir al pueblo a hacer la compra. Debió pasar mil veces a esta misma puerta sin leer lo que decía: Don Hermenegildo Martínez, abogado notario. Pero esta semana vio el segundo letrero: Presidente de la Asociación de Jinetes de Paso Fino, colgado junto al primero sobre la puerta, y esto lo convenció de que en efecto era usted, don Hermenegildo Martínez el de antes, el amigo del niño. Insistió entonces en que viniera a verlo, y yo por fin lo he complacido, porque tengo un recuerdo simpático de su cara siempre sonreída, cuando yo le servía su café, o cuando lo escuchaba hablando con el niño del empadronamiento de las yeguas y de los potros, pero le confieso que venir a verlo, después de todo, no me salió de muy adentro, porque los blancos, por más simpáticos que sean, siempre son blancos, y entre ellos se entienden.

Usted sabe lo generosísimo que era el niño Ubaldino, y no le extrañará que, antes de morir, nos prometiera a mi hermano y a mí la casita de balcones y techo de zinc en la cual hemos vivido al fondo del patio durante más de cuarenta años. La señora Laura, poco después de morir el niño, nos prometió que, al morir ella, nos cumpiría su promesa, que en todo ella respeta la palabra del difunto, y así hemos esperado pacientemente cinco años a que a ella le llegara también el momento de pasar a mejor vida, y ahora no nos vamos a quedar con la carabina de Ambrosio al hombro, no señor, no nos vamos a quedar con la carabina de Ambrosio al hombro así tan fácilmente.

Todavía me parece estarlas viendo cuando salieron por la puerta, las cuatro hermanas con sus maridos en un solo enjambre y Arístides a la zaga, llorando a voz en cuello que no regresarían jamás después de aquella injusticia que les habían hecho mientras bajaban gritando las escaleras, pisoteando con prisa los tallos de las begonias y quebrando de ir a los arbustos de mirto que perfumaban la entrada de la casa montándose en sus limusinas negras y cerrando con furia las puertas de los carros para que la señora pudiera oírlos desde la sala pero ella no podía oírlos, ella no oía nada ya, la pobre, desfallecida de llanto como estaba sobre el brazo de la señora Gloria. Todavía me parece estarlas viendo, sí señor, a las cuatro hermanas y a esa perla de hermano, arrancándose de raíz las greñas por encima del ataúd abierto mientras con las uñas se abrían surcos por las mejillas y por la frente a la par que clamaban justicia, el padre aún de cuerpo presente en la sala mirándolos a todos con esa impasibilidad que nunca tuvo en vida pero que la muerte fue esparciendo poco a poco sobre su cara según se fue adueñando de él. Porque en esta casa nadie se muere de golpe, don Hermenegildo, sino poco a poco; no es sino mucho antes de muerto que la gente se va muriendo.

Y díganoslo a nosotros, a Néstor y a mí, que durante cinco años hemos tenido que poner todas las noches el plato del niño Ubaldino a la cabecera de la mesa, tal y como si el difunto fuera a sentarse a comer y a conversar con ellas. Por eso, a la hora de la cena, Néstor y yo tenemos un cuidado infinito al servir la mesa: levantamos las jarras de cristal por encima de los hombros de las señoras, enfundadas de raso negro o violeta, medimos con infinito cuidado la cantidad necesaria de gallina en pepitoria o de langosta engabanada en mayonesa al fondo de las fuentes para que rinda, para que sea suficiente al apetito saludable de tres comensales. Por eso, al pasar junto a la silla tallada con la armadura del caballero medieval en la que el niño se sentó siempre a la hora de la cena, tenemos un cuidado inmenso de no inclinarnos demasiado hacia adelante, porque los cuerpos de los grandes hombres, al igual que los troncos de los árboles, siguen ocupando su espacio aún después de cortados durante muchos años.

Tantos años de servicio, dígame usted, tantos años de estar preocupándonos por la



señora Laura, por la única razón de que en su lecho de muerte él nos la había encargado. "Ocúpense de Laurita —nos dijo—, no me la dejen sola cuando yo falte." Y lo que nos ha costado esa promesa, don Hermenegildo, lo que nos ha costado. No se puede usted imaginar la cantidad de señoras sonsacadoras de Guamaní a las que les hemos dicho que no, que aunque nos ofreciesen todo el oro que cagó el moro y toda la plata que cagó la gata jamás dejaríamos sola a doña Laurita, porque a causa de ella hicimos una promesa de muerto y a los muertos no se les traiciona, los pobres, porque se quedan tan indefensos. Y lo que vinimos a contarle no hubiese sucedido de estar ahora vivo el niño Ubaldino, eso se lo aseguramos, porque en el niño sí que se podía confiar, y de vivir él no tendría Titina que estar aquí, hablando con usted en estos momentos. Niño Ubaldino le decíamos porque había mamado leche de negra, sí señor, que el niño creció prendido de la teta de nuestra madre, doña Encarnación Rivera esclava liberta. Si hasta de su plato, de su propia cuchara de plata, me daba a probar el helado de huevo que era su postre preferido, pruebe, Titina, para que vea a lo que sabe la gloria, pruebe un sorbito de cielo batido para que vea por qué la quiero tanto. Por eso nos hemos quedado en la casa, al servicio de la familia durante cuarenta años, recibiendo un sueldo de miseria, aunque, claro, pensando siempre en que algún día se nos cumpliría la promesa, y seríamos dueños, mi hermano Néstor y yo, del techo de esa casa que ahora peligra sobre nuestras cabezas. En realidad, fue al servicio del niño Ubaldino y no de la señora Laura que entramos a trabajar Néstor y yo, aunque estos últimos cinco años es cierto que hemos estado exclusivamente pendientes de la señora Laura, más por serle leales al niño que desde la tumba nos la encomendó; más por hacerle el favor a él, digo, que por hacerle el favor a ella, que bien sabe el señor que la conoce desde hace años que trabajar con la señora Laura no es una bicoca, no señor, no es ningún boccato di cardinale. Ante de llegar nosotros a la casa el niño se estaba volviendo loco porque a causa del mal genio de doña Laura aquí no duraba nadie. El se las pasaba en su Pontiac blanco perla todo el tiempo para arriba y para abajo por los caseríos y los arrabales buscándole cocinera y sirvienta, y ni por ser él, que todo el mundo adoraba, ni por lo mucho que lo querían se venían a trabajar a la casa.

Tanto limpiar durante años habitaciones vacías, tanto sacudir alfombras y tender sábanas limpias en camas en las que nadie iba a dormir, pero por si acaso esta noche viene la Zebedea o la Eulalia, Titina, por si acaso a la Ofelia o a la Margarita se les ocurre pasar por aquí y venir a visitarnos, sabiendo que nadie iba a venir, que nadie iba a presentarse porque desde hace cinco años, desde la muerte del niño Ubaldino, ninguno de ellos ha vuelto a pisar la casa. Llaman por teléfono, eso sí, para ver cómo estás, mamita querida, para saber cómo te sientes. Porque las hijas, desde que murió el padre y supieron que él las había desheredado a todas, y que su madre había estado de acuerdo, en realidad para lo único que llaman es para saber si la vieja todavía no ha tronado, si todavía no ha estirado la pata. Pero de venir a verla, de venir a visitarla, eso ni pensarlo, el diablo les sirva el gusto y con su pan se lo coman, hambreada de cariño como la tienen. Y la peor de todas es Margarita porque ésa, desde que se casó con don Augusto Arzuaga y se fue a vivir a Santa Cruz, ni llama, ni escribe, ni respinga por los centros espiritistas. Porque ella ahora ya no se llama la niña Margarita, sino doña Margarita, y, como es millonaria por derecho propio, se pasa el dinero de los Del la Valle por donde no le da el sol.

Cuando la señora amaneció hoy más mala que de costumbre, don Hermenegildo, Néstor y yo llamamos corriendo al doctor que vino enseguida a verla. Tendimos luego sobre la mesa el mantel de encaje de Venecia, el que sólo se saca en grandes ocasiones, porque estábamos seguros de que hoy todos vendrían, y así mismo fue. Al poco rato sonó el timbre y entraron a la casa todos en fila, para sentarse a la mesa y pedir de inmediato que les sirvieran de beber. Allí los dejamos reunidos, a las cuatro hermanas y al hermano menor, bebiendo café en tazas de Limoges doradas y refrescos en copas de baccarat, y tan embebidos en sus discusiones que ni cuenta se han dado de que no estoy en la casa.

Perdone que le exprese así tan descaradamente mis opiniones, don Hermenegildo, pero como he trabajado tantos años con la familia, me considero parte de ella. No es únicamente por lealtad al niño Ubaldino que he venido hoy aquí, a velar porque se cumplan los deseos de ese muerto grande, sino porque estoy convencida de que los que en justicia deben ser favorecidos en el testamento de doña Laura son la señora Gloria y su hijo, el niño Nicolasito. Cuando don Nicolás murió, ella se quedó a vivir con sus suegros, cuidando de ellos día y noche, en lugar de irse, como hubiera podido hacerlo, a correntonear por el mundo. Desde la muerte de Nicolás, la única alegría de nuestra casa ha sido el niño Nicolasito, que nos vino a visitar, como quien dice, como un ángel entre dos muertes. Nicolasito nació seis meses después de la muerte de su abuelo y unos once meses después de la muerte de su padre, y es seguramente por eso que la señora Laura lo quiere tanto. Pero a pesar de todo lo que la señora Gloria ha hecho por la señora Laura, a pesar de haber vivido durante todos estos años cuidándola y acompañándola, ya usted sabe en el pueblo como la tienen. Las malas lenguas la tienen pelada, y dicen que hasta está loca, y que es y qué correntona con los hombres. Imagínese cómo nadie puede decir semejante cosa sobre la señora Gloria, que nunca se ha quitado el luto del joven Nicolás, y anda llorándolo por la casa a todas horas, a pesar de que lleva ya casi cinco años de muerto. Por la mañana se va a oír misa, y a cualquiera se le aprieta el corazón de verla, vestida con su traje lila, su cartera lila, sus zapatos lila, y cuando llueve o hace demasiado sol abre su sombrilla de seda lila y se va caminando, tan triste siempre, por la orillita de la playa hasta llegar al pueblo. Pero en este pueblo perder la reputación quiere decir perder el crédito, sí señor, usted sabe que eso es lo que quiere decir, y por eso ellos, las hijas y don Arístides, andan repitiendo eso por ahí, porque lo que quieren es quitarle a la señora Gloria lo que le toca, y ella, como anda siempre en su mundo, ni se entera de lo que sus parientes andan tramando.

Cómo va a ser cierto lo que ellas y el hermano dicen de la señora Gloria, si nosotros somos testigos de que todo el día se la pasa pensando en el bien que Dios le quitó, hablando del joven Nicolás a todas horas y con el primero que encuentra. A la verdad que cada vez que pienso en la mala suerte de las señoras en los últimos seis años, se me inundan los ojos de lágrimas. Fíjese nomás en cómo acabó el pobre Nicolás, tan poco tiempo antes de la muerte del padre, y como si la desgracia se diera agradecida la mano con la desgracia. Nosotros los pobres no esperamos ya nada de la vida y por ello no nos asusta la muerte, estamos acostumbrados a verle la cara a la parca, eso se lo aseguro, don Hermenegildo. Pero esa muerte sí que no nos la esperábamos, esa manera tan espeluznante de morir. Todavía me da risa acordarme de aquel entierro, si no es porque el recuerdo me viene parejo con el de la pobre señora Gloria, que en esas cosas uno no puede tirar del hilo sin que se le venga encima la madeja completa. Porque tan innecesario y ridículo fue aquel sepelio bajando las jaldas de la montaña, con tanta corona encerada en papel celofán esmeralda, tanto ataúd vacío y tanto monaguillo rebozado en encajes y recitando jaculatorias imberbes, como fue la desesperación de la pobre señora Laura, aquel arrojarse a gritos sobre el ataúd vacío, maldiciendo el destino y buscando algún zapato o algún mechón de pelo que los rescatadores hubiesen encontrado perdido entre los árboles; como si el cuerpo del joven Nicolás hubiese sido destasajado y repartido a los cuatro vientos por nada, cuando todo el mundo sabe que aquella tragedia no ocurrió a causa de un azar gratuito, sino que fue planeada y ejecutada por alguien, que ocurrió definitivamente por algo.

Le ruego que no me malinterprete, don Hermenegildo, no se me escame ni se me ponga lívido por lo que le estoy contando. No he venido aquí a hacer acusaciones en balde ni a hacer correr más de la cuenta esa jauría de chismes que andan sueltos por el pueblo como perros realengos. La verdad es que, habiendo tenido la dicha de vivir junto al joven Nicolás durante veinte años, y conociéndolo como lo conocíamos, teníamos que haber adivinado que estaba con nosotros nada más que de paso, que no se quedaría con nosotros por mucho tiempo. El padre se equivocó cuando pensó que aquel hijo podría llegar a ser, como él, un gran magnate de caña. Al joven Nicolás lo único que le interesó en vida fue hacerle el bien al prójimo y recitar poemas; regalarle, como el hidalgo del cuento, la mitad de su gabán al pobre. Fue por eso que lo mataron, don Hermenegildo, fue por eso que la avioneta de un solo motor en que viajaba a la capital quedó despachurrada, reventada como un insecto inútil contra las jaldas de la montaña.

El niño Ubaldino fue siempre un hombre digno, que se hubiese dejado cortar una mano antes de venderle una pulgada de tierra a los extranjeros. El Destino Manifiesto, la política del "garrote grande", el "American Army Mule", y hasta el jabón Palmolive y el cepillo de dientes, pasaron a formar parte del vocabulario de odio con que él imprecaba al cielo todas las mañanas, al cepillarse el pelo y los dientes frente al necessaire que yo le sostenía en alto para que se hiciera la toilette. Nunca pudo comprender por qué el Cristo del Gran Poder nos había enviado a aquellos extranjeros, más "jinchos que un corazón de palmillo en diciembre", a quitarnos lo nuestro. Cuando las señoritas de la casa comenzaron a crecer y a casarse con los hijos de los dueños de la Central Ejemplo (todas menos la señorita Margarita, por supuesto), el niño estuvo durante un mes postrado de gravedad en cama. Que una cosa era defenderse de ellos con uñas y dientes, y otra era servirles el patrimonio en bandeja de plata, como me decía llorando mientras yo le brillaba las botas; que una cosa era invitarlos a comer comida nativa bajo un cielo estrellado, al son de la guitarra, el güicharo y el cuatro, como me decía suspirando al yo cepillarle las solapas de su traje albo, y otra cosa era servirles la carne del costado. Y cuando la señorita Margarita se comprometió a su vez con don Augusto Arzuaga, el magnate industrial de Santa Cruz, aquello fue el acabóse, la gota de hiel que desbordó definitivamente el corazón del niño. Había oído hablar mucho de don Augusto, y sabía que era íntimo amigo de los norteamericanos. En todo el litoral se le admiraba por la habilidad con que se metía y se sacaba del bolsillo a los gringos, siempre para su provecho. Pero el niño no lo admiraba; más bien lo despreciaba por ello.

Usted lo recordará bien, don Hermenegildo, porque como amigo del niño, estuvo presente en todas las bodas de las señoritas. Don Ubaldino por fin se repuso de su postración anímica: les celebró a todas las hijas reventón grande y les compró trousseau, les regaló cubiertos de plata y manteles y sábanas de Holanda, y desde la cabecera de la mesa les siguió sonriendo, invitando a sus yernos a que lo acompañaran, como gran general que era, a pasar revista por entre las tropas de sus ejércitos verdes. Porque el niño no iba a dejar que aquellos recién llegados le quitaran lo que tantos siglos de sudor le había costado, como me decía riendo mientras yo le servía el café, que para eso doña Laura le había parido dos hijos machos, don Arístides y don Nicolás, que nos defendieran lo nuestro. Porque a los extranjeros, se les tiene de amigos y se les considera, como me decía riendo mientras yo le entregaba su carpeta y su sombrero, pero uno nunca les hace la cama, uno nunca se acuesta con ellos.

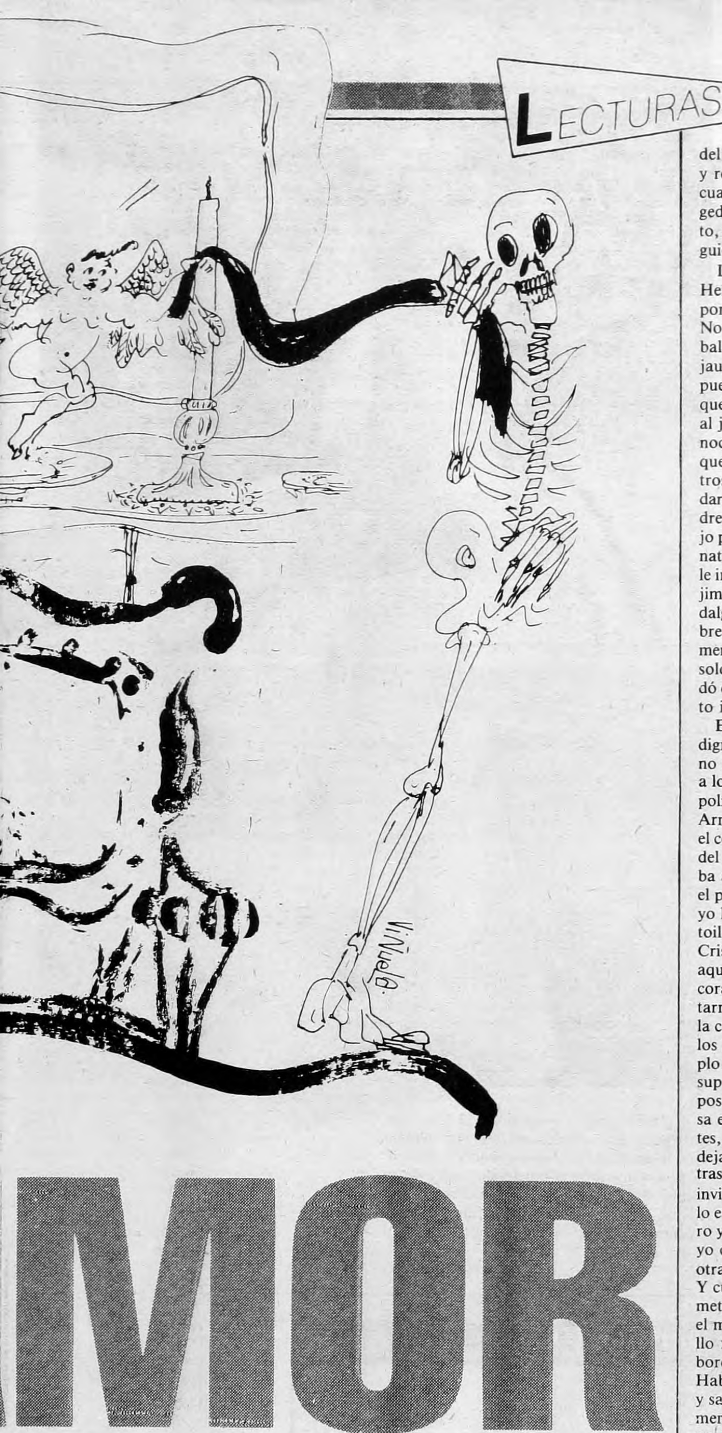
Por eso ahora, don Hermenegildo, si ellas ya están completas y se acompañan, si cada una de ellas escogió como le vino en gana, no me explico qué es lo que han venido a buscar hoy a la casa, adonde nada se les ha perdido. Por qué han venido, el día sagrado de la agonía y muerte de doña Laura, a profanar ese hogar donde la señora Gloria, el niño Nicolasito, Néstor y yo hemos vivido tan tranquilos durante los últimos cinco años en medio de nuestra tristeza, luego de la muerte del niño. Por qué han venido hoy aquí, endilgadas de negro de pies a cabeza y zumbando como moscas alrededor de ese único hermano que les queda, sino para acabar por fin con la memoria del niño, que bien dice el dicho "cría cuervos que te sacarán los ojos"; para qué han venido hoy aquí dígame usted, si no ha sido para rematar por fin al padre, para planear con don Arístides la venta de la Central y de la casa nada menos que a los enemigos acérrimos de don Ubaldino, a los dueños de la Ejemplo.

Y ahora que la señora Laura está moribunda, nos hemos enterado de que ella quiere desheredar también a don Arístides, que después de la muerte del niño Nicolás quedó como único heredero de la Central Justicia. Doña Laura quiere dejarle todo lo que posee en el mundo a la señora Gloria y al niño Nicolasito, y ha escrito un testamento al respecto, y es por eso que hoy yo he venido a verlo. Don Arístides y sus hermanas van a hacer desaparecer ese testamento, y esta vez Néstor y yo no nos vamos a quedar con la carabina de Ambrosio al hombro, no señor, don Hermenegildo, no nos vamos a quedar con la carabina de Ambrosio al hombro. En ese testamento, escrito de su puño y letra, doña Laura no sólo le deja todo a la señora Gloria y a Nicolasito, sino que cumple también con la promesa que el niño Ubaldino nos hizo hace tantos años: la casita de tablones y techo de zinc al fondo del patio será de Néstor y mía. Es por eso que me he atrevido a venir a buscarlo, don Hermenegildo, por eso estoy ahora aquí sentada en su oficina. Para que usted sea testigo y se lo informe a don Arístides y a sus cuatro hermanas: nosotros estamos seguros de que existe ese testamento.

Acaba de suceder un suceso extraordinario. Me encontraba ayer trabajando en mi novela sobre Ubaldino De la Valle, nuestro ilustre prócer, cuando Titina Rivera, la criada sempiterna de esa familia, entró a la oficina y me hizo un relato que me dejó boquiabierto. Había escuchado alguna vez la historia de Gloria Camprubí en los bares del pueblo, narrada siempre por gente extraña y de poca confianza: los amores de Arístides De la Valle con ella y su decisión de traerla a vivir a casa de sus padres, bajo el pretexto de que era enfermera; el matrimonio escandaloso de Gloria y Nicolás y la muerte misteriosa de este último, pocos meses después de la boda. El suceso fue algo tan macabro (el ataúd semivacío, el cuerpo descuartizado, colgando en puro cuajo de los árboles) que las familias pudientes de Guamaní se apresuraron a olvidarlo, y en todos los círculos respetables, tanto en el Casino como en el Club Metropolitano y en la Logia Aurora, se le echó tierra al asunto. Se consideró de mal gusto hablar de la tragedia de los De la Valle, máxime cuando aquello había afectado tanto a la pobre Laura y al pobre Ubaldino, y para quienes la vida tomó en adelante un cariz definitivamente lúgubre. Escuchar el relato hecho por una persona cercana a la familia, con todos sus detalles sórdidos, sin embargo, me afectó profundamente.

Este es, por supuesto, el primer asuntillo turbio en que se han visto envueltos los familiares de Ubaldino. Toda la familia decente que se precie de serlo guarda, mal que bien, el esqueleto polvoriento al fondo de su alacena, y la familia De la Valle en esto no es diferente. Pero estos desgraciados sucesos es mejor perdonarlos, eclipsarlos con las relaciones edificantes de aquellos gestos de los que nuestros próceres también han sido capaces. Toda la nación que quiera llegar a serlo necesita sus líderes, sus caudillos preclaros, y, de no tenerlos, le será necesario inventarlos. Este no es, afortunadamente, nuestro caso. Guamaní cuenta con Ubaldino De la Valle, cuya insigne historia me he propuesto relatar aquí.

A pesar de que dudo de que lo que Titina me ha insinuado sea cierto, he decidido acudir mañana a casa de los De la Valle, para prevenir a Arístides y a sus hermanas de lo que está sucediendo. No se puede acusar así, impunemente y en frío, de fratricidio a nadie, y menos cuando los involucrados en el caso son los hermanos De la Valle. Creo que le debo a Ubaldino, en memoria de mi amistad con él, mi presencia en su casa en estos momentos. Quizá logre así evitar el escándalo, esa guerra a muerte que sin duda estallará entre los De la Valle y Gloria, si es cierto que existe ese testamento. La presencia de Titina, a quien no veía hace años, me impresionó profundamente. Está igualita que antes. Ni una sola pasa blanca, ni un solo corresconde color ceniza salpica su densa sereta negra. Titina, la última esclava del pueblo, la criada sempiterna de los De la Valle. Titina la eterna.



# MOR

to de doña Laura son la señora Gloria y su hijo, el niño Nicolasito. Cuando don Nicolás murió, ella se quedó a vivir con sus suegros, cuidando de ellos día y noche, en lugar de irse, como hubiera podido hacerlo, a correntonear por el mundo. Desde la muerte de Nicolás, la única alegría de nuestra casa ha sido el niño Nicolasito, que nos vino a visitar, como quien dice, como un ángel entre dos muertes. Nicolasito nació seis meses después de la muerte de su abuelo y unos once meses después de la muerte de su padre, y es seguramente por eso que la señora Laura lo quiere tanto. Pero a pesar de todo lo que la señora Gloria ha hecho por la señora Laura, a pesar de haber vivido durante todos estos años cuidándola y acompañándola, ya usted sabe en el pueblo como la tienen. Las malas lenguas la tienen pelada, y dicen que hasta está loca, y que es y qué correntona con los hombres. Imagínese cómo nadie puede decir semejante cosa sobre la señora Gloria, que nunca se ha quitado el luto del joven Nicolás, y anda llorándolo por la casa a todas horas, a pesar de que lleva ya casi cinco años de muerto. Por la mañana se va a oír misa, y a cualquiera se le aprieta el corazón de verla, vestida con su traje lila, su cartera lila, sus zapatos lila, y cuando llueve o hace demasiado sol abre su sombrilla de seda lila y se va caminando, tan triste siempre, por la orillita de la playa hasta llegar al pueblo. Pero en este pueblo perder la reputación quiere decir perder el crédito, sí señor, usted sabe que eso es lo que quiere decir, y por eso ellos, las hijas y don Arístides, andan repitiendo eso por ahí, porque lo que quieren es quitarle a la señora Gloria lo que le toca, y ella, como anda siempre en su mundo, ni se entera de lo que sus parientes andan tramando.

Cómo va a ser cierto lo que ellas y el hermano dicen de la señora Gloria, si nosotros somos testigos de que todo el día se la pasa pensando en el bien que Dios le quitó, hablando del joven Nicolás a todas horas y con el primero que encuentra. A la verdad que cada vez que pienso en la mala suerte de las señoras en los últimos seis años, se me inundan los ojos de lágrimas. Fíjese nomás en cómo acabó el pobre Nicolás, tan poco tiempo antes de la muerte del padre, y como si la desgracia se diera agradecida la mano con la desgracia. Nosotros los pobres no esperamos ya nada de la vida y por ello no nos asusta la muerte, estamos acostumbrados a verle la cara a la parca, eso se lo aseguro, don Hermenegildo. Pero esa muerte sí que no nos la esperábamos, esa manera tan espeluznante de morir. Todavía me da risa acordarme de aquel entierro, si no es porque el recuerdo me viene parejo con el de la pobre señora Gloria, que en esas cosas uno no puede tirar del hilo sin que se le venga encima la madeja completa. Porque tan innecesario y ridículo fue aquel sepelio bajando las jaldas de la montaña, con tanta corona encerada en papel celofán esmeralda, tanto ataúd vacío y tanto monaguillo rebozado en encajes y recitando jaculatorias imberbes, como fue la desesperación de la pobre señora Laura, aquel arrojarse a gritos sobre el ataúd vacío, maldiciendo el destino y buscando algún zapato o algún mechón de pelo que los rescatadores hubiesen encontrado perdido entre los árboles; como si el cuerpo del joven Nicolás hubiese sido destasajado y repartido a los cuatro vientos por nada, cuando todo el mundo sabe que aquella tragedia no ocurrió a causa de un azar gratuito, sino que fue planeada y ejecutada por alguien, que ocurrió definitivamente por algo.

Le ruego que no me malinterprete, don Hermenegildo, no se me escame ni se me ponga lívido por lo que le estoy contando. No he venido aquí a hacer acusaciones en balde ni a hacer correr más de la cuenta esa jauría de chismes que andan sueltos por el pueblo como perros realengos. La verdad es que, habiendo tenido la dicha de vivir junto al joven Nicolás durante veinte años, y conociéndolo como lo conocíamos, teníamos que haber adivinado que estaba con nosotros nada más que de paso, que no se quedaría con nosotros por mucho tiempo. El padre se equivocó cuando pensó que aquel hijo podría llegar a ser, como él, un gran magnate de caña. Al joven Nicolás lo único que le interesó en vida fue hacerle el bien al prójimo y recitar poemas; regalarle, como el hidalgo del cuento, la mitad de su gabán al pobre. Fue por eso que lo mataron, don Hermenegildo, fue por eso que la avioneta de un solo motor en que viajaba a la capital quedó despachurrada, reventada como un insecto inútil contra las jaldas de la montaña.

El niño Ubaldino fue siempre un hombre digno, que se hubiese dejado cortar una mano antes de venderle una pulgada de tierra a los extranjeros. El Destino Manifiesto, la política del "garrote grande", el "American Army Mule", y hasta el jabón Palmolive y el cepillo de dientes, pasaron a formar parte del vocabulario de odio con que él imprecaba al cielo todas las mañanas, al cepillarse el pelo y los dientes frente al necessaire que yo le sostenía en alto para que se hiciera la toilette. Nunca pudo comprender por qué el Cristo del Gran Poder nos había enviado a aquellos extranjeros, más "jinchos que un corazón de palmillo en diciembre", a quitarnos lo nuestro. Cuando las señoritas de la casa comenzaron a crecer y a casarse con los hijos de los dueños de la Central Ejemplo (todas menos la señorita Margarita, por supuesto), el niño estuvo durante un mes postrado de gravedad en cama. Que una cosa era defenderse de ellos con uñas y dientes, y otra era servirles el patrimonio en bandeja de plata, como me decía llorando mientras yo le brillaba las botas; que una cosa era invitarlos a comer comida nativa bajo un cielo estrellado, al son de la guitarra, el güícharo y el cuatro, como me decía suspirando al yo cepillarle las solapas de su traje albo, y otra cosa era servirles la carne del costado. Y cuando la señorita Margarita se comprometió a su vez con don Augusto Arzuaga, el magnate industrial de Santa Cruz, aquello fue el acabóse, la gota de hiel que desbordó definitivamente el corazón del niño. Había oído hablar mucho de don Augusto, y sabía que era íntimo amigo de los norteamericanos. En todo el litoral se le admiraba por la habilidad con que se metía y se sacaba del bolsillo a los gringos, siempre para su provecho. Pero el niño no lo admiraba; más bien lo despreciaba por ello.

Usted lo recordará bien, don Hermenegildo, porque como amigo del niño, estuvo presente en todas las bodas de las señoritas. Don Ubaldino por fin se repuso de su postración anímica: les celebró a todas las hijas reventón grande y les compró trousseau, les regaló cubiertos de plata y manteles y sábanas de Holanda, y desde la cabecera de la mesa les siguió sonriendo, invitando a sus yernos a que lo acompañaran, como gran general que era, a pasar revista por entre las tropas de sus ejércitos verdes. Porque el niño no iba a dejar que aquellos recién llegados le quitaran lo que tantos siglos de sudor le había costado, como me decía riendo mientras yo le servía el café, que para eso doña Laura le había parido dos hijos machos, don Arístides y don Nicolás, que nos defendieran lo nuestro. Porque a los extranjeros, se les tiene de amigos y se les considera, como me decía riendo mientras yo le entregaba su carpeta y su sombrero, pero uno nunca les hace la cama, uno nunca se acuesta con ellos.

Por eso ahora, don Hermenegildo, si ellas ya están completas y se acompañan, si cada una de ellas escogió como le vino en gana, no me explico qué es lo que han venido a buscar hoy a la casa, adonde nada se les ha perdido. Por qué han venido, el día sagrado de la agonía y muerte de doña Laura, a profanar ese hogar donde la señora Gloria, el niño Nicolasito, Néstor y yo hemos vivido tan tranquilos durante los últimos cinco años en medio de nuestra tristeza, luego de la muerte del niño. Por qué han venido hoy aquí, endilgadas de negro de pies a cabeza y zumbando como moscas alrededor de ese único hermano que les queda, sino para acabar por fin con la memoria del niño, que bien dice el dicho "cría cuervos que te sacarán los ojos"; para qué han venido hoy aquí dígame usted, si no ha sido para rematar por fin al padre, para planear con don Arístides la venta de la Central y de la casa nada menos que a los enemigos acérrimos de don Ubaldino, a los dueños de la Ejemplo.

Y ahora que la señora Laura está moribunda, nos hemos enterado de que ella quiere desheredar también a don Arístides, que después de la muerte del niño Nicolás quedó como único heredero de la Central Justicia. Doña Laura quiere dejarle todo lo que posee en el mundo a la señora Gloria y al niño Nicolasito, y ha escrito un testamento al respecto, y es por eso que hoy yo he venido a verlo. Don Arístides y sus hermanas van a hacer desaparecer ese testamento, y esta vez Néstor y yo no nos vamos a quedar con la carabina de Ambrosio al hombro, no señor, don Hermenegildo, no nos vamos a quedar con la carabina de Ambrosio al hombro. En ese testamento, escrito de su puño y letra, doña Laura no sólo le deja todo a la señora Gloria y a Nicolasito, sino que cumple también con la promesa que el niño Ubaldino nos hizo hace tantos años: la casita de tablones y techo de zinc al fondo del patio será de Néstor y mía. Es por eso que me he atrevido a venir a buscarlo, don Hermenegildo, por eso estoy ahora aquí sentada en su oficina. Para que usted sea testigo y se lo informe a don Arístides y a sus cuatro hermanas: nosotros estamos seguros de que existe ese testamento.

Acaba de suceder un suceso extraordinario. Me encontraba ayer trabajando en mi novela sobre Ubaldino De la Valle, nuestro ilustre prócer, cuando Titina Rivera, la criada sempiterna de esa familia, entró a la oficina y me hizo un relato que me dejó boquiabierto. Había escuchado alguna vez la historia de Gloria Camprubí en los bares del pueblo, narrada siempre por gente extraña y de poca confianza: los amores de Arístides De la Valle con ella y su decisión de traerla a vivir a casa de sus padres, bajo el pretexto de que era enfermera; el matrimonio escandaloso de Gloria y Nicolás y la muerte misteriosa de este último, pocos meses después de la boda. El suceso fue algo tan macabro (el ataúd semivacío, el cuerpo descuartizado, colgando en puro cuajo de los árboles) que las familias pudientes de Guamaní se apresuraron a olvidarlo, y en todos los círculos respetables, tanto en el Casino como en el Club Metropolitano y en la Logia Aurora, se le echó tierra al asunto. Se consideró de mal gusto hablar de la tragedia de los De la Valle, máxime cuando aquello había afectado tanto a la pobre Laura y al pobre Ubaldino, y para quienes la vida tomó en adelante un cariz definitivamente lúgubre. Escuchar el relato hecho por una persona cercana a la familia, con todos sus detalles sórdidos, sin embargo, me afectó profundamente.

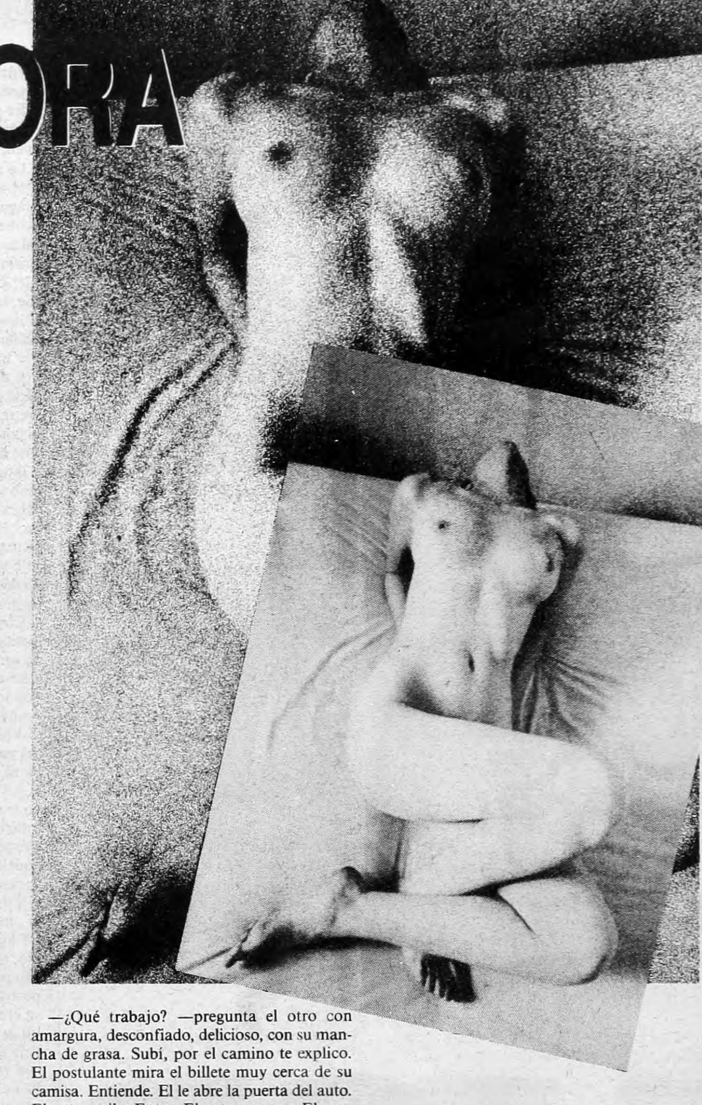
Este es, por supuesto, el primer asuntillo turbio en que se han visto envueltos los familiares de Ubaldino. Toda la familia decente que se precie de serlo guarda, mal que bien, el esqueleto polvoriento al fondo de su alacena, y la familia De la Valle en esto no es diferente. Pero estos desgraciados sucesos es mejor perdonarlos, eclipsarlos con las relaciones edificantes de aquellos gestos de los que nuestros próceres también han sido capaces. Toda la nación que quiera llegar a serlo necesita sus líderes, sus caudillos preclaros, y, de no tenerlos, le será necesario inventarlos. Este no es, afortunadamente, nuestro caso. Guamaní cuenta con Ubaldino De la Valle, cuya insigne historia me he propuesto relatar aquí.

A pesar de que dudo de que lo que Titina me ha insinuado sea cierto, he decidido acudir mañana a casa de los De la Valle, para prevenir a Arístides y a sus hermanas de lo que está sucediendo. No se puede acusar así, impunemente y en frío, de fratricidio a nadie, y menos cuando los involucrados en el caso son los hermanos De la Valle. Creo que le debo a Ubaldino, en memoria de mi amistad con él, mi presencia en su casa en estos momentos. Quizá logre así evitar el escándalo, esa guerra a muerte que sin duda estallará entre los De la Valle y Gloria, si es cierto que existe ese testamento. La presencia de Titina, a quien no veía hace años, me impresionó profundamente. Está igualita que antes. Ni una sola pasa blanca, ni un solo corresconde color ceniza salpica su densa sereta negra. Titina, la última esclava del pueblo, la criada sempiterna de los De la Valle. Titina la eterna.

# LA PORTADORA

*Folletín erótico*
*de Pedro Lipcovich*

## 16. La mancha de grasa



A las seis de la mañana, el padrastro de Claudio duerme inquieto, sin contacto con el cuerpo de la madre. A esa misma hora el postulante despierta. Todavía es de noche. El postulante acepta el mate que le ofrece su madre, y sale al patio. Se lava entero. Se afeita a oscuras ante un pedazo de espejo en la pared. Vuelve a entrar. Su madre le ha preparado ropa limpia, pantalón muy bien planchado y los zapatos lustrados, casi sanos. La camisa tiene una mancha de grasa: él se enoja, levanta la voz. La madre lo hace callar, va a despertar a los hermanos, la lavó tres veces pero la mancha no sale. Le hubiera pedido la camisa al amigo. Pero, si Verónica se fue con el amigo. ¿Cómo pedir prestada la camisa que Verónica desabotona para besar el pecho del otro? El tratará de tapar la mancha cruzando los brazos sobre el pecho; de todos modos no tiene muchas esperanzas. Son las seis y media. El postulante cruza hasta el almacén. Reinaldo lo saluda con un gesto y le tiende el diario. El postulante busca. En un pedazo de papel gris anota lentamente una dirección. Son las siete menos cuarto. El padrastro de Claudio está despierto. Siente la boca turbia, hubiera preferido dormir hasta más tarde. No quiere pensar en la cena de ayer. En vano trata de volver a dormirse. Siente el impulso de salir a merodear.

El aviso decía a las nueve; el postulante tiene para dos horas de caminata. Como una hormiga sola cruzará los suburbios de la ciudad de la mentira. A las siete y media, el padrastro se levanta; se ducha, se friega con agua de colonia. Se afeita. Solo, prepara una taza de café; no tiene hambre. Toma el diario, lo abre, desprecia la página de finanzas, vuelve a cerrarlo. Con el diario baja al garaje, saca el auto, tolera la obsecuencia del portero. Al salir se da cuenta de que ha olvidado el portafolios; no vuelve a buscarlo. Manejando ligero se distiende. El día nuevo. Podría ir a la oficina, Norma se sorprendería de verlo tan temprano, le serviría un café sin que él necesitara pedirlo. Pero no tiene el portafolios. Son las ocho y media. Con la garganta seca, conduce el auto hacia el sur. Cruza el puente sobre el riachuelo inmundo. Detiene el auto. Sus manos tiemblan cuando toma el diario y busca, como si él fuera el otro.

El postulante bordeó una zona de chalets vigilados. Atravesó un barrio de casas idénticas, desesperantes. Cruzó un lugar de paredes sin revocar. Una muchacha lo miró desde una ventana y él la dejó con pena, como a una novia. Son las nueve menos diez. El postulante se incorpora a la fila que se estira por la vereda de una fábrica. Mira a los demás postulantes. Algunos tienen diario, leen; otros traban conversación, en un remedo de compañerismo. El cruza los brazos sobre la camisa.

El padrastro estacionó junto a la vereda de enfrente, no muy cerca de la puerta de la fábrica. Ya empiezan a salir los postulantes. Por las caras se puede saber en cada caso el resultado de la entrevista. Sólo le interesan los derrotados. Todavía está a tiempo de irse, alguna vez lo hizo, a último momento poner en marcha el auto, escapar, volver; podría pasar por casa a buscar el portafolios. Recuerda la cena absurda, ayer; apretar el muslo de la chica por debajo de la mesa; ideas, nomás. Su mano descansa sobre el propio muslo. El muslo no tiene sexo definido. En hombre y mujer es similar la sensación de una mano apretando el muslo; sobresalto, intimidad violentada. Los derrotados salen ante la mirada del padrastro. Se detiene en uno pero en sus ojos brilla un rencor que lo asusta. Tras ése sale otro, con los brazos caídos; tiene una mancha de grasa en la parte delantera izquierda de la camisa. El lo llama a través de la calle. El otro no comprende. Vuelve a llamarlo; trata de que su gesto sea imperativo a la vez que confiable. El otro, con recelo, cruza la calle hacia el auto. El muestra un billete.

—Trabajo —dice—. Cosa de un ratito nomás.

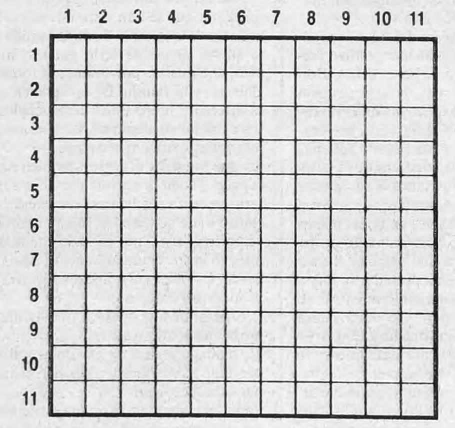
—¿Qué trabajo? —pregunta el otro con amargura, desconfiado, delicioso, con su mancha de grasa. Subí, por el camino te explico. El postulante mira el billete muy cerca de su camisa. Entiende. El le abre la puerta del auto. El otro vacila. Entra. El auto arranca. El postulante siente la mano que le aprieta el muslo y que trepa.

*(Continuará.)*

JUEGOS

## CRUCIGRAMA

He aquí todo un desafío para aquellos que se creen ya con alas para volar solos. Se trata de formar un crucigrama con las palabras cuyas definiciones damos, ubicando también (y donde lo crea conveniente) las diecinueve casillas negras que forman un lindo dibujo con simetría central.



### HORIZONTALES

1. Símbolo del calcio./ Dios entre los mahometanos./ Archipiélago malayo.
2. Elevé oración./ Que aconseja (fem.).
3. Natural de Nínive./ Iniciales que aparecen en las recetas.
4. Pedido internacional de auxilio./ Dar la señal de alarma.
5. Uno de los cinco sentidos./ Hijo de Zeus, convertido a su muerte en uno de los tres jueces de los infiernos.
6. Patriarca bíblico, célebre por su resignación./ Personificación del mar en la mitología escandinava.
7. Nombre de la R fuerte./ Figuradamente, sentí vivos deseos de algo.
8. Natural de La Rioja./ Pronombre demostrativo (fem.).
9. Terminación de aumentativo./ Vanos, inanes.
10. Arbol santaláceo, parecido al nogal./ Lié, uní.
11. Culpado de un delito./ Ave trepadora americana./ Partícula inseparable privativa "a" antes de vocal.

## MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Parte del cuerpo de un santo (pl.)
Irrigará, rociará
Están contiguos dos terrenos
Aprovecho, exploto, uso
Partícula eléctrica
Coge, agarra
Acredita
Saqueé
Expiración de aire
Saludables (fem.)
Escala de colores
Nombre de mujer
De gran profundidad
Licor alcohólico
Madre de la Virgen
Desgarrado
Estado de Asia
Anual
Extensión limitada
Planta herbácea de flores vistosas (pl.)

AYUDAS: Abisal, Anémonas

### VERTICALES

1. Personas que aconsejan.
2. Individuo de un antiguo pueblo de Asia Central./ Expeler la orina.
3. Puso algo dentro de sobres./ Símbolo del neón.
4. Campo baldío.
5. Acción de lavar, lavadura./ Antigua medida de longitud.
6. Establecimiento benéfico en que se recogen menesterosos. /Da por nulo.
7. E larga del alfabeto griego./ Una de las partículas elementales del átomo.
8. Coceré directamente a las brasas.
9. Voz para arrullar./ Nombre de mujer.
10. Pájaro córvido muy domesticable, que remeda palabras./ Hongo de sombrero.
11. Dispusiesen con prontitud.

## SOLUCIONES

SOLUCION 9438